

Armando Bazán

## El Retorno



AS mañanas de Tugal, pueblo de cordillera peruana llegaban siempre envueltas en un mantón de bruma del que iban despojándose lentamente para quedarse en blusa añil del cielo y falda esmeralda de los cerros circundantes, cubiertos de hierbas y de sembríos distintos según la estación.

El sol se ponía entonces a brillar con toda su fuerza remontando el espacio y regando su oro tibio en las calles del pueblo.

Los comerciantes de la calle «28 de Julio» salían de sus tiendas heladas e iban a estacionarse en parejas o en pequeños grupos allí en los sitios donde podía recibirse la gracia del sol.

Los días Domingos, antes de que comenzara la afluencia de los campesinos que iban desde sus posadas hasta el mercado central, los comerciantes presenciaban el desfile de sus hijas, de sus parientas, de sus amigas que iban a la iglesia del Carmen vestidas de sus mejores galas: peinetas de carey, mantas y manti-

llas de seda, a cumplir con los deberes de su religiosidad.

Y se ponían a hacer diversos comentarios respecto al precio de las papas, el trigo o el maíz, el mal tiempo, la desventura de tal o cual cofrade que había perdido sus trescientos soles jugando la pinta con el juez militar o el sub-prefecto.

Hacían otra clase de comentarios también. Cuando veían pasar a la hija de doña Carmen Silva, a la hermosa y elegante Luzmila con su mantilla de Manila legítima y sus zapatos charolados de altos tacones, esbelta y flexible aún, a pesar de que llegaba ya al crepúsculo de su primavera, don Francisco Pereyra, e' decano de los comerciantes, hombre de juventud vagabunda y aventurera, solía exclamar:

—La Luzmila se va a secar sin riego aquí en Tugal donde llueve tanto. Y mírenla si no es una mujer que vale donde vaya.

—Será porque no hay hombre para ella aquí en el pueblo, don Francisco.

—No hay hombre; esa es la verdad. La señorita es ilustrada. Estudió en el colegio de las Requejo en Cajamarca. ¡Figúresel! Muy decente, muy decente. Y dígame Ud. qué hacen esos mequetrefes de los estudiantes? Uno los manda a Lima para que se hagan médicos, abogados, ingenieros. Y después, ¿qué? Ni siquiera se casan con una mujer de su pueblo, hacendosa, trabajadora, honrada. Prefieren a las limeñas, claro... ¿Y para qué están los trapitos y las pinturas

que se echan encima? Si señor, mequetrefes. Mi primer hijo me salió con la historia... y mucho antes de terminar la carrera. ¡Vayan Uds. a ver mis amigos! «Papacito, que la cosa apura»... Y allí va el retrato de la dama y sus antecedentes... Mírenla Uds., mírenla, esta es mi nuera.

Y al decir estas palabras sacaba del bolsillo interno del vestón una libreta de apunte con forro negro y que contenía toda clase de retratos, papelillos y estampas que venían en las cajetillas de cigarros «La Mascota». Encontró lo que buscaba y entregó la imagen a la contemplación de sus amigos que se apiñaron alrededor del que la exhibía en la mano derecha.

—Sí, mi señor don Francisco, dijo uno de los espectadores, será por los trapitos y la pintura como Ud dice; pero, de todas maneras, son muy hermosas y tienen hechicería, no hay duda... hermosas son francamente. Y esta que ya es su nuera, mi queridísimo amigo, merece fiesta.

Los demás amigos hicieron un rumor de aprobación sin dejar de contemplar a la linda imagen, movieron la cabeza, se tiraron los pelos de los bigotes, carraspearon suficientemente y exclamaron casi al unísono:

—Mujeres como ésta no se dan por estos lares, don Francisco.

El flamante suegro guardó de nuevo el retrato poniendo una cara lánguida, de judío que acaba de hacer un buen negocio. Verdaderamente, esa cara no delataba la recóndita alegría que le había nacido, segura-

mente a pesar suyo, tan luego como tuvo la noticia y se sintió suegro de una muchacha que, además de bonita, era hija de un notable personaje de la capital republicana:

—En fin, a mal que no tiene remedio, no hay más que ponerle buena cara! Además, la muchacha, ha escrito una carta muy sentida a su suegra. Se ve que es de calidad. Ya se hizo, y lecho está; no hay nada que hacer... Pero, volviendo a lo de la Luzmila, ¿no es cierto que da pena a cualquiera?

—El Sixto Merino quiso casarse con ella. Partido bueno era: el hombre más rico de estas comarcas; el José Díaz también habló con doña Carmen, un hombre honrado que se gana muy bien la vida con sus chacras, y el Benancio que tiene su fotografía, buen artista; y el Felipe Villanueva que va haciendo ya su capitalito en su tienda de la esquina. Y ella no quiso casarse con ninguno. Ha de querer «togados», seguramente. Y los togados, como Ud. dice, don Francisco, antes de togarse se juntan en la capital.

Otro de los presentes, cruzando los brazos sobre el poncho amarillo a rayas blancas, que le caía hasta la altura de los muslos, en igual forma que a los demás, excepto a don Francisco, que llevaba un abrigo siberiano, agregó:

—Dicen que está pensando en irse a Cajamarca para entrar allí en un convento. Nunca va a ninguna de nuestras fiestas, nunca va a los paseos. Encerrada

vive, y solamente los Domingos se la ve en camino de la iglesia para oír su misa.

Don Francisco observó:

—Y ese día se pone todo el lujo encima. ¡Hermosa queda! ¡Para que la vean los santos de los altares!... y el cura, ese mi don Crisóstomo con sus sesenta años y su ojo tuerto...

El grupo entero festejó con una carcajada la ocurrencia, y el del poncho amarillo, intervino otra vez:

—Y a propósito, don Francisco, ¿es verdad que su señor hijo, el sacerdote, viene a ejercer aquí las funciones de su presbiterio?

—Don Crisóstomo, precisamente, no acepta aún la permuta; pero vamos a ver si lo convencemos. Resuelto estoy a darle unos mil soles, o más si quiere, con tal de lograr que mi hijo venga. Acaba de ordenarse, y quiero tenerlo a mi lado... no porque sea cura, sino porque es mi hijo... Casi no lo conozco... cuando volví de la Montaña, su madre ya lo había mandado al seminario...

Los «estancieros» llenaban ya la «calle del comercio» y se detenían en las puertas de las tiendas; al observarlo, los comerciantes se separaron apresuradamente para dar comienzo a sus faenas dominicales, que eran las más movidas de la semana.

Doña Carmen Silva, viuda de un maestro de escuela, y a su vez maestra ya jubilada, vivía junto con su hija Luzmila, en una pequeña casa de su propiedad.

Así, con el problema económico resuelto, la madre y la hija se dedicaban a incrementar la industria del pueblo, a tejer sombreros de paja fina, sin apremio de ningún género, un poco por distracción y otro poco para aumentar sus rentas. Hacían una vida de retraimiento y era verdad lo que dijeran aquella mañana los comerciantes, y lo que por lo general decían las muchachas del pueblo:

—Es muy pretenciosa la señorita y no va a las fiestas para no tener que bailar con el sastre Pérez o con el carpintero José. Todo su lujo no es más que para las misas y las fiestas de la iglesia.

Nada más exacto; el mayor deleite de Luzmila Silva consistía en ataviarse con sus mejores vestidos de seda negra, sus mantillas de encaje, sus arillos de oro antiguos, sus collares de perlas falsas flamantes y sus zapatos charolados de tacón alto, traídos de Lima exclusivamente para su pie pequeño, y salir a la calle con dirección a la iglesia del Carmen donde oía la misa dominical «de doce», que el cura Crisóstomo adelantaba siempre dos horas para tener el tiempo de almorzar tranquilamente en su casa a las once como le tenía prescrito su vieja costumbre.

El pequeño sector de la calle «28 de Julio», que debía recorrer desde su casa hasta la Plaza de Armas y la puerta del templo, ya atestado de aldeana gente que iba allí en busca de jabón, remedios y telas para toda la semana, le parecía a Luzmila Silva, el estrado de un extraño teatro, y el templo mismo, un mag-

nífico proscenio donde se sentía vagamente algo así como una estrella de las tablas. ¿Y como no iba a tener tal impresión cuando todos los hombres y las mujeres la miraban insistentemente, ya fuera para admirar su cuerpo o sus vestidos y sus joyas?

---

Don Francisco Pereyra, el decano de los comerciantes tugaleños era, al parecer, un hombre completamente feliz: se sentía estimado y respetado en todas partes; gozaba de comodidades materiales, amor y devoción en su hogar. Sin embargo, no era un hombre completamente feliz. El hecho de que su hijo menor, el predilecto, llevara ya tonsura y vistiera sotana, le llenaba de una obscura pesadumbre, le mordía persistentemente el alma, a él: un hombre nacido para los tráfigos más variados de este mundo, y que había sabido vivir una «juventud en toda regla».

—Ese don Crisóstomo me lo convirtió regalándole medallitas, detentes y libros de misteriosas santas. Y mi mujer le ayudó muy bien en la faena cuando yo me encontraba en la montaña . . . , —solía decir que jumbrosamente a sus amigos.

Y era verdad que el cura del pueblo y la madre, una buena mujer de sinceras creencias religiosas habían inclinado al niño hacia la vocación del sacerdocio aprovechándose de que don Francisco se encontraba, allá por tiempos ya lejanos, en viaje prolongado por las sel-

vas del Amazonas. Ya ingresado al seminario, el niño había podido ver a su padre sólo de año en año cada vez que éste iba a la capital, ya sea llevado por sus negocios o por sus deseos de diversión.

Pero, a pesar de todo, y a pesar de que su hijo estaba ya tonsurado y llevaba sotana, don Francisco Pereyra solía decir, en su fuero interno:

—¿Me ganará el viejo Crisóstomo, o me lo ganaré yo?

Y ya en vísperas de la llegada de su hijo, elaboró silenciosamente un plan que comenzaría con una fiesta de recepción, para honrar como es debido al flamante sacerdote y doctor en Teología.

Y acto seguido, con la anticipación debida, presentóse en casa de doña Carmen Silva para hacer personalmente la invitación del caso.

¿Y cómo hubiera podido doña Carmen negar su asistencia y la de su hija a la fiesta familiar del que llegaba consagrado por las santísimas virtudes de la Iglesia? ¿Cómo? Asistirían ella y su hija; ella, que había tenido entre sus brazos y había acariciado antaño al hijo de su amiga; asistiría la Luzmila que había jugado con él, allá en los tiempos de su inocente niñez por calles y campos del pueblo. Esta vez podía hacerse una excepción tratándose de tan señalada fiesta que daba ocasión para cumplir, al mismo tiempo, con los deberes de la santa creencia y con los de la vieja amistad.

---



La alegría de don Francisco no tuvo límites cuando observó, desde el primer instante, que en su hijo se encontraba el hombre en toda su integridad; el hombre como él quería: aseado, amable, locuaz, acogedor, y... varouil; eso estaba a la vista cuando el joven doctor miraba de frente y sostenidamente a las personas de contrario sexo. Su alegría no tuvo límites, además, porque vió que la Luzmila llegaba hacia el anochecer, a los umbrales de su casa, hermosa y radiante, ataviada con sus mejores elegancias como solía hacerlo exactamente al ir a la iglesia los Domingos.

La fiesta, que reunía a la crema de Tugal, constaba de un opíparo banquete seguido de un baile amenizado por la banda de músicos y el tintineo de las copas de champaña. Y el baile se prolongó hasta altas horas de la noche; bailaron marinera el juez, el subprefecto; bailó don Francisco con doña Carmen primero y, después, con su mujer. ¿Y la juventud? «El champaña cuesta caro, pero no falla nunca, pensaba distraídamente don Francisco. ¿Y la juventud? Que baile mi hijo; sí, la juventud! ¡Mi hijo con la señorita Luzmila! ¡Bendito sea Dios!»

Y con todos los respetos debidos a la Santa Madre Iglesia colgóse esa noche, por unos instantes, la sotana, y con una chaqueta de su padre bailó por primera vez, atolondrada marinera, el joven doctor en Teología y sacerdote de Tugal.

---

Las gentes de Tugal no escondían sus inquietudes y su extrañeza; y los que más hablaban tratando de que don Francisco no los oyera, eran los comerciantes de la calle «28 de Julio».

—¿Dónde se ha visto un cura que se afeita todos los días y que pasa por la calle oliendo a agua de Florida o de Kananga... o qué sé yo?

—¡Diz que es doctor en Teología! Yo no sé lo que será la Teología, pero sé lo que es la frutería. Como un aniz, va mi amigo... ¡Y don Francisco destapó champaña para festejarlo!; es el primero que lo fomenta.

Las damas, en cambio, tomaban las cosas de otro modo:

—Con este cura da gusto ir a la iglesia... Buen mozo es, y orador... y cuando saca su pañuelo del bolsillo huele bien... pero no es a Florida, no, colonia fina tiene que ser.

Y estas palabras que solían ser confidenciales, traducidas a hechos querían decir que desde la llegada del joven párroco Arturo Pereyra a Tugal, el confesionario de la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen parecía un avispero encantador a las horas pertinentes, y que el consumo del sagrado pan resultaba mayor, siendo tres veces superior al que había sido en tiempos del cura Crisóstomo.

Así veían y vivían los nuevos sucesos las gentes de Tugal. Por lo demás, el hogar de don Francisco Pereyra comenzó a tomar un aspecto y un ritmo distintos

ante la presencia del bienvenido. En primer lugar, la amistad de doña Carmen y la señora de Pereyra volvió a reverdecer con toda su fuerza, gracias a los prolijos y sabios cuidados de don Francisco; y las dos familias aparecían juntas en todas partes: en la iglesia, en los paseos campestres, en los pequeños festejos familiares. Y tratando siempre de agrupar, en tales momentos, a las gentes de edad para dejar a solas a su hijo con la Luzmila, don Francisco solía decir, con íntimo regocijo, en su pensamiento:

—¿Me la ganará el cura, o no me la ganará?  
¡Bendito sea Dios!

---

La intervención del tiempo tiene siempre capital importancia en estos y otros casos; y unas cuantas semanas, unos cuantos meses bastan para hacer que las voces de la Teología más bien aprendida callen ante la eclosión incontrastable del amor en las naturalezas jóvenes y bien conformadas. El teólogo que por primera vez conocía la cálida intimidad de una mujer que tenía todos los encantos de la feminidad, encontró de pronto insubstancial toda la complicada y sutil fraseología de Santo Tomás y de San Agustín, y entregóse de lleno a la pasión del amor que, en todo caso, se apodera del hombre primero que la vocación a la sabiduría y a la castidad.

La voluntad poderosa de don Francisco, empeñado

a fondo en ver reflejada su propia juventud en la juventud de su hijo preferido, hizo lo demás. Y los hechos, que venían fraguándose a la vista de todo Tugal, culminaron en la desaparición repentina y conjunta del flamante párroco y de Luzmila Silva.

¿Hacia qué punto huyeron para vivir desapercibidos y felices, simplemente como una pareja amorosa de tantas que embellecen la faz de la tierra?

Don Francisco solía decirlo, aparentando gran sigilo, a sus amigos íntimos:

—En Lima será maestro, mi hijo; su hermano lo ayudará, y si no, aquí estoy yo para seguir mandándole su mesada hasta el día que el quiera venir con su mujer al fundo, o hasta que se me acabe el último centavo

—No se le acabará don Francisco; porque más de lo necesario tiene... Y el muchacho, no es de los que se duermen, no...

Y don Francisco retorciéndose las guías del bigote largo y punteagudo, terminaba el diálogo:

—En estos días vuelve otra vez nuestro amigo cura don Crisóstomo. ¡Hay que hacerle una fiesta al viejo amigo!... ¡Bendito sea Dios!

Y el cura Crisóstomo volvió efectivamente a su pueblo, y recomenzó a decir sus misas de doce, a las diez del día sin darse nunca por entendido de los sucesos relacionados con su antecesor eventual; pero ni él, ni los comerciantes de la calle «28 de Julio», vieron ya más la silueta elegante de la Luzmila; esa silueta que

solía ir al templo con sus mejores galas, animada de un anhelo mágico, misterioso; movida por ese instinto infalible que anuncia confusa y obscuramente a algunas mujeres lo que será su futuro destino.

Y las mañanas de Tugal seguían llegando siempre arrebuadas en un mantón de bruma del que iban despojándose lentamente a medida que el sol escalaba el espacio, para quedarse en blusa azul celeste y falda esmeralda de los cerros circundantes, empinados y cubiertos de hierbas y sembríos de un verde variable según la estación.